

Vigías de la noche

Ana Berezín

Antes de comenzar de pleno el tema que nos reúne, voy a aclararles quién soy y de dónde vengo, o, mejor dicho, cómo veo yo de dónde vengo.

La República Argentina se ha constituido hace escasos dos siglos. El primer genocidio de su historia fue la matanza masiva de indígenas por parte de los españoles, que se extendió a lo largo de casi toda América Latina, destruyendo culturas riquísimas en tradiciones y en creatividad.

La Argentina fue construida también con el aporte de cientos de miles de inmigrantes de Europa, Italia y España especialmente. Una frase común es que "venimos de los barcos". Por eso siempre digo que en nuestro trabajo clínico tratamos con los hijos de este siglo: con hijos y nietos de las hambrunas y persecuciones fascistas italianas, con hijos y nietos de la Guerra Civil Española, con hijos y nietos del holocausto europeo, con hijos y nietos de la marginación por la migración campo-ciudad, con hijos y nietos de la llamada "pobreza estructural" latinoamericana, con hijos y nietos de nuestro genocidio reciente.

En mi país, entre 1973 y 1983 hubo un gobierno militar dictatorial, que asumió el poder en el último golpe de Estado. Muchos años del siglo XX los vivimos bajo gobiernos militares, que interrumpieron procesos democráticos. Pero ninguno como el último desplegó el terror y la crueldad. Se calculan 30.000 desaparecidos, en una sociedad que -lo sepa o no- quedó marcada en muchas generaciones por estas atrocidades.

Les cuento esto por la razón que les anticipé al comienzo, pero también porque creo que el sujeto psíquico es un sujeto histórico y viceversa. No se trata sólo de una inmediatez familiar o microgrupal. Cada sujeto habita y es habitado por la historia que constituye y que lo constituye en su singularidad social. En cada intervención clínica individual o grupal éste es mi modo de intervenir como psicoanalista.

Les decía que en el año 1983 se restaura la democracia. Lamentablemente no por la resistencia del pueblo, sino porque los militares pierden la guerra por las Malvinas (Falkland es el nombre que les dan los ingleses) frente a Inglaterra y se profundiza el deterioro de la situación económica. La situación económica se había deteriorado mucho previamente y el programa económico del gobierno ya había mostrado su fracaso. Este fue un factor que contribuyó a que la dictadura militar decretara ese segundo envío de jóvenes a la muerte, en una guerra absurda, un poco más absurda que toda guerra en general.

Éstos y otros son los telones de fondo sobre los cuales estalla, diez años después de restablecida la democracia, una bomba en la AMIA. Era el año 1994. La AMIA es la mutual que reúne a todas las instituciones judías del país, en el que habitan aproximadamente 250.000 judíos.

Esta fue la segunda bomba. La primera provocó la destrucción de la Embajada de Israel, unos dos años antes. Estos atentados fueron realizados por grupos fundamentalistas islámicos y, al menos el segundo, con un fuerte apoyo de la Policía de mi país. Sin apoyo local estos grupos no hubieran podido producir tan brutales atentados.

En la bomba que destruyó totalmente la AMIA (un edificio de cinco pisos) murieron 85 personas. Hubo, además, alrededor de 300 heridos, algunos con secuelas físicas definitivas. Muchos edificios de las cuadras aledañas sufrieron importantes daños. A una considerable cantidad de ellos hubo que apuntalarlos y arreglarlos. Muchas de las víctimas fueron transeúntes y vecinos de viviendas y comercios de la cuadra.

Quisiera aclarar que la Argentina es un país en el que existen prejuicios antisemitas de larga data. Éstos, de algún modo, facilitaron que este país fuera un refugio para muchos nazis que entraron con la anuencia del gobierno peronista de entonces (posguerra) y de sectores de la Iglesia y el Vaticano. Estos sentimientos están especialmente arraigados en las fuerzas de seguridad. Además, los participantes directos pertenecientes a dichas fuerzas recibieron cuantioso dinero por colaborar en el atentado. Estos prejuicios facilitaron, por ejemplo, que un periodista muy importante de la televisión local, que tiene un programa político de alta audiencia, dijera "sin darse cuenta": "Murieron judíos e inocentes". De las 85 víctimas fatales, 42 personas eran judías y los otros 43 no. Pero fue un atentado dirigido a la comunidad judía, haciendo volar su institución "madre".

Rápidamente se organizó un plan de atención a la salud mental. Por la desgraciada experiencia de haber atendido en organismos de derechos humanos y en otras instituciones a cientos de afectados por el terrorismo de Estado (última dictadura, desde 1976 hasta 1983), a sobrevivientes, familiares y amigos, muchos sabíamos que el enfoque adecuado de atención no debía ser en términos de psicopatologizar el sufrimiento, el dolor, la desesperación. Por el contrario, sabíamos que se trataba de lograr que los efectos traumáticos de la violencia no arrasaran o derrumbaran el psiquismo de estos afectados directos. Digo directos para subrayar que afectados indirectos somos todos. El dispositivo elegido fue unos seis meses de atención individual, que se prolongaban si

era necesario. Se trabajó con un enfoque psicoanalítico de contención y ayuda en la elaboración del trauma y del duelo.

Un grupo de psicoanalistas, entre los cuales me hallaba, pensábamos que ésta era una respuesta necesaria pero insuficiente. Por supuesto, era bueno y de gran ayuda este modo de intervención individual. Pero pensábamos que también había que realizar otro tipo de tareas institucionales y grupales que permitieran elaborar lo sufrido de manera compartida. Creíamos además que este modo de tarea podía tener efectos como posición política. Entendíamos que la justicia sería una gran reparación colectiva, cosa que no ha sucedido a más de cinco años. Además, era importante que la gente debatiera y compartiera lo vivido. Lo considerábamos necesario, como la mejor forma de no aislar a los sobrevivientes, a sus familiares, vecinos y amigos de las víctimas directas. Sabemos que esto es altamente enfermante para esas personas y para la sociedad en su conjunto.

Esta perspectiva era compartida por un grupo de seis psicoanalistas, algunos de nosotros con mucha experiencia de trabajo institucional. Todos habíamos atendido previamente a pacientes directamente afectados por el terror de Estado. Decidimos trabajar con los vecinos del barrio, y en especial con aquellos de las cuadras más afectadas por el estallido. También decidimos trabajar con las escuelas cercanas, cuyos maestros y directores estaban más o menos igual de aterrorizados que sus alumnos.

Tuvimos dificultades con los directivos de la AMIA. Todos ellos habían sobrevivido, ya que no estaban en el edificio en el momento de la bomba. Nos miraban con desconfianza, pensando que íbamos a ser los representantes de los reclamos de los vecinos. Algunos de los vecinos estaban lastimados físicamente. A otros se les habían muerto familiares. Algunos habían perdido su negocio o su fuente de trabajo. Otros vecinos habían perdido sus viviendas o las que tenían estaban seriamente dañadas, y varias incluso con riesgo de derrumbe (más o menos, según quién fuera el ingeniero que inspeccionaba, lo que agregaba nuevos elementos de incertidumbre). Todos ellos, psíquicamente dañados. También estos vecinos nos trataban con cautela. Sospechaban que éramos delegados de los directivos de la AMIA, aunque esto último fue rápidamente superado. Así, en un comienzo, lo persecutorio y lo aterrorizante cobró espacio en nuestras relaciones. ¿Cómo hacer para que lo sufrido pasivamente no se fijara como terror paralizante?

Les propusimos la voz activa, los acompañamos en sus reclamos a las autoridades del gobierno. Compartimos preocupaciones, sufrimientos y desconfianzas justificadas. Finalmente creamos junto con ellos la Asociación de Vecinos y Amigos de la Calle Pasteur.

De este trabajo y de otros que realicé con personas que fueron sobrevivientes del Holocausto, de la Guerra Civil Española, del terrorismo de Estado he aprendido muchas cosas. No voy a comentar aquí la extensa bibliografía que existe sobre el trauma psíquico y lo traumático.

Desde los inicios Freud se ocupó de esto, que queda profundamente plasmado en sus libros *Más allá del principio del placer* y *Moisés y la religión monoteísta*, su obra póstuma. Hay muchísimos escritos actuales y de las últimas décadas sobre las neurosis traumáticas, las neurosis de guerra y sobre la cuestión central del trauma psíquico en la constitución del aparato psíquico. Todos éstos fueron y son desarrollos imprescindibles a la hora de nuestro trabajo clínico.

Pero hay prefiero, como les decía, no redundar sobre saberes que ustedes seguramente ya poseen. Les voy a hablar de algunas cosas que yo aprendí en todas esas tareas que fui realizando.

Lo primero es que un terapeuta tiene que ocupar el lugar del "oteador" o "vigía". Ésta era -según relatos escritos por sobrevivientes del Holocausto- quien en los vagones de transporte, camino al campo de exterminio, era elevado al respiradero y mirilla a dos metros y medio de altura, con el fin de que relatara lo que desde allí se divisaba. Solían elegir a alguien liviano, que pudiera ponerse de pie sobre los hombros de algunos compañeros, que con enorme esfuerzo le ofrecían los riñones como tarima. Los presos necesitaban saber dónde estaban, adónde los conducían, qué tierras cruzaba el tren, qué gentes las habitaban. Y para averiguarlo estaban dispuestos a ese esfuerzo.

Recuerden las condiciones de hambre, sed, hacinamiento y terror que sufrían. Pero no todos los elegidos sabían relatar. A veces había que cambiarlos. Algunos rompían en sollozos a menudo, y eran tolerados por sus compañeros. Otros hacían relatos minuciosos, exactos y científicos; los compañeros aceptaban la información, pero los sustituían. También decepcionaban los dispersos, inconexos y desordenados. Asimismo, irritaban quienes interpretaban lo que veían con impresiones personales. Ni la ciencia, ni la inocencia, ni la verdad objetiva, ni la expresión subjetiva les era de ayuda a los condenados.

Los "oteadores" o "vigías" más apreciados eran aquellos que referían con acierto la existencia de un mundo verdadero. De un mundo libre de la tortura y el horror, pero atado al mundo de los condenados por signos indescifrables. Por ejemplo, relatos como éste: "Algunas mujeres se han reunido junto a la estación, nos miran con disimulo, una con un crío en brazos señala nuestro vagón, así que voy a sacar la mano por la mirilla". Entonces los condenados pensaban: "Alguien guardará memoria y contará a sus nietos: yo vi a los judíos pasar

por la estación, uno de ellos me agitó la mano, como saludando, desde uno de los vagones". Así podía redimirse una parte del dolor.

En los buenos relatos, los presos tenían la certeza de que algo circulaba de los unos a los otros, de los condenados a los "libres", del mundo de la destrucción al mundo de la vida. Un signo indescifrable ponía en relación dos universos que parecían desencontrados para siempre.

Ningún "vigía", nos cuentan, consideró su tarea como una cuestión personal, movida por su genialidad. Sabían que su tarea no les pertenecía, que era fruto de un pacto colectivo. Las visiones y los relatos no eran expresión de su espíritu, sino una relación, un acuerdo compartido por más de uno o por todos, sobre la verdad de lo que aparece en cada momento.

Si un terapeuta logra abrir este puente entre quien sufrió el trauma y otros mundos posibles, reabre la posibilidad de que el psiquismo siga su trabajo. Y casi como en el comienzo inviste en el otro el deseo de que la vida fluya. De que su cuerpo-psyque dañado y humillado pueda nuevamente sentir y pensar la vida. Que el otro no es sólo el otro que inflige el dolor y la muerte. Que hay otros dispuestos a compartir lo vivido directamente por él, porque se sienten implicados profundamente, sabiendo que "nada de lo humano nos es ajeno", a pesar de la indiferencia y el individualismo que predominan en nuestras culturas.

Pienso que si podemos acordar un relato compartido de lo vivido, ése sería el puente que ligara el mundo de lo traumático al mundo de la vida. Sabiendo que ambos se copertenecen, que ninguno es ajeno al otro. ES más, que ese mundo de vida también generó el horror y la muerte. Estado de encuentro casi a la manera como se juega con un niño o se comparten sus sueños, sus fantasías, sus terrores.

Uso esta figura del "buen vigía" para presentar el modo en el que creo que debe configurarse una intervención clínica con quienes han sufrido un trauma, que produce un afecto de terror o espanto. En *Más allá del principio del placer* Freud nos dice que el espanto es un afecto que se produce en el caso de un peligro frente al cual no se está preparado y donde está en riesgo la vida. Traumatismo y espanto son íntimamente solidarios. En la angustia algo protege contra el espanto. La angustia ya es un grado de ligazón psíquica, pero el espanto deja inerme. Puro dolor psíquico del que Pontalis nos dice: "Está en esa frontera entre lo psíquico y lo físico". Entonces, si el terapeuta logra esta posibilidad de asumir un relato compartido con afectados por un trauma, se evita instalar lo traumático en el interior del propio proceder. Se evita así colocar a la víctima en un lugar pasivo realizándole interrogatorios con el argumento de que "es importante que hable".

Se posibilita así que se apropie de aquello que padeció pasivamente, es decir, que lo haga experiencia propia. Creo que alguno de los grandes errores proviene de una especie de ansiosa invasión, por parte del terapeuta, de dar apresuradamente un sentido a lo vivido por el otro. Se trata de hacer un puente común hacia un posible sentido que ligue dolorosamente lo humano en esta humanidad precaria. De lo contrario se corre el riesgo -con las mejores intenciones- de volver a violentar, con interpretaciones que intentan explicarlo todo y terminan, a veces, culpabilizando a la víctima.

Con la mejor intención, les decía. Creo que debemos cuidarnos mucho de nuestras buenas intenciones: bajo la máscara de lo bueno que deseo para el otro se produce un olvido del otro, se refuerza la propia omnipotencia, se olvida el saber de que sin el otro nada es posible. También olvidamos que nosotros somos precarios, sufrimos nuestras indefensiones. Y compartimos con los demás la violencia que unos hombres les han infligido a otros.

Lo segundo y último que quería transmitir se sintetiza muy bien en un verso del poeta René Char que dice: " En mi país no se hacen preguntas a un hombre emocionado". Este verso me permite presentar un tema muy importante que se liga con el anterior. Me refiero a la aceptación de lo inefable, de lo que no se puede decir con palabras.

Lo inefable lo es del origen y de la muerte, del tiempo y del otro. Cuando nos referimos a estos temas nos faltan palabras. ¿Cómo hablar del enigma o de la contingencia del origen y de la muerte? ¿Cómo decir lo indecible del tiempo y del otro? Es imposible representarlo.

Creo -permitánme una digresión- que el arte que mejor expresa es aquél que representa la existencia de lo inefable. Cuando sugiere o representa lo que hay de inefable en la vida.

Lo inefable no se puede transmitir, se realiza en un tiempo que tiene su propia lógica. Lo inefable nos impone un límite.

En la premodernidad, lo inefable era dicho o respondido por lo sagrado. Lo que no tenía palabras daba lugar a la palabra de lo sagrado. Respuesta totalizadora que con su certeza despojaba de toda inquietud a los hombres.

Cuando de ha atravesado el terror, lo traumático, no hay palabras, y las que hay no alcanzan. Figura de la ausencia que invita al terapeuta a llenar de interpretación o de explicación con un doble efecto. El primer efecto es traumático, le cierra al otro el acceso a la diversidad de producción de sentido. Irrumpe y niega la

existencia de lo inefable y lo satura de sentido. Cierra la posibilidad que es intrínseca a lo inefable, y que también está presente en el silencio. Así se produce el segundo efecto: el terapeuta enuncia un discurso que puede volverse sagrado, en tanto respuesta totalizadora, cerrada, única.

Si hay algo que es decisivo en estas cuestiones que estamos considerando es resistir a lo sagrado, en el sentido de desacralizar el horror y el terror. No es un horror divino, que puede explicarse y que aloja, como todo discurso sagrado, una condena o un destino para los hombres. Es un horror producido por los hombres, y un camino de búsqueda conjunta nos espera. Búsqueda sustantivada en la experiencia con el otro, para expresar, elaborar, impedir y reparar, hasta donde se pueda. Así como lo inefable es un límite, hay cuestiones, hay violencias y crueldades que realizan efectos irreparables y no elaborables. Aceptar y decir esto es una forma de resistir a que el terror vuelva a repetirse.